

volvió adonde estaban sus hermanos con los objetos que había encontrado en el palacio de Quibiam, que eran brazaletes, láminas de oro y coronas del mismo metal.

Cristóbal Colón concedió á su hermano una de las coronas como trofeo de su hazaña.

No le consoló esto, sin embargo, de la desaparición de Quibiam.

Capítulo XL.

Desastres en la colonia de Veragoa.

Quibiam no había perecido.

Y sin embargo, al arrojarse al agua había creído su muerte segura, porque atados sus piés y sus manos no podía nadar.

La muerte era preferible á la esclavitud.

Pero no bien se lanzó al agua cuando sintió cerca de sí una mano poderosa, que con ayuda de un guijarro, aunque trabajosamente, cortó las ligaduras de sus manos y sus piés, permitiéndole subir á la superficie del agua y reconocer á su salvador.

Era Unima.

Unima, un valiente caudillo, que había logrado libertarse de los españoles, y seguro de que Quibiam haría desesperados esfuerzos para salir de las garras

de sus opresores, habia seguido las endeables barquillas para poder prestarle auxilio.

Aunque con grande dificultad lograron llegar á la playa, y descansando en ella breve tiempo, subieron por atajos al palacio de Quibiam, de donde acababan de salir los españoles, llevándose todo cuanto en él habia.

Pensando que los indios se habian refugiado en las montañas, corrieron los dos caciques á ellas para animarlos y tender una segunda emboscada á los españoles, haciéndoles pagar en ella los horrores que habian cometido con los habitantes de Veragoa.

Una abundante lluvia aumentó las aguas del rio Belen, y las embarcaciones de Colon, que estaban poco ménos que encalladas, salieron á flote, con cuyo motivo el almirante volvió cuanto antes á la Península á dar cuenta á los reyes de sus descubrimientos, y á presentarles las riquezas que llevaba y los prisioneros de aquel rico país.

Dispuso que quedaran la mitad de los españoles en la colonia á las órdenes de su hermano; dió á éste sus instrucciones, le dejó viveres y una carabela, y partió con los restantes.

Grandes dificultades tuvo que vencer para atravesar la barra, y aun despues de haberla atravesado se vió en la necesidad de esperar viento favorable á una legua de la costa.

Colon habia proyectado dirigirse desde luego á la Española, confiar al gobernador de la isla el establecimiento de la colonia, pedirle que enviara provisio-

nes y refuerzo á su hermano, y partir en seguida á España á disfrutar del nuevo triunfo que se prometia.

Pero viéndose obligado á permanecer estacionado cerca de la barra, quiso comunicar nuevas órdenes á Bartolomé, y envió un bote al mando de don Diego Tristan, capitan de una de las carabelas, el cual se puso inmediatamente en marcha para volver á la escuadra del almirante á desempeñar su mision.

Cuando llegó á la colonia, un terrible espectáculo se presentó á su vista.

Quibiam y Unima habian animado á sus vasallos, habian encendido en su alma la sed de venganza que les devoraba, y cautelosamente, como la hiena atravesando los bosques, llegaron con sus flechas envenenadas hasta los alrededores de la colonia.

En torno de ella habia espesos bosques, por los cuales pudieron acercarse sin ser vistos.

Los españoles, confiados en que habia perecido Quibiam y en que los indios estaban amedrentados, vivian con la mayor tranquilidad y confianza.

De pronto se presentaron millares de indios en la colonia, prorumpiendo en terribles alaridos y disparando una nube de flechas sobre los españoles, que se asomaron á ver qué era lo que producía aquella gritería.

Algunos fueron heridos.

El adelantado cogió sus armas, y poniéndose al frente de ocho ó diez hombres, salió al encuentro de los indios, al mismo tiempo que Diego Mendez con otros varios de sus compañeros arremetió contra

ellos, logrando dejar en tierra á muchos y poner en fuga á los demás.

No contentos aún, los persiguieron hasta por los intrincados bosques; pero los indios, animados por Quibiam y Unima se reponian, volvian á disparar sus flechas, y en uno de estos encuentros fué herido en el pecho el adelantado.

Los perros de presa ayudaban á los españoles, y el campo quedó sembrado de cadáveres.

De los soldados de Bartolomé sólo sucumbió uno, quedando heridos diez ó doce.

Diego Tristan, que presencié el combate, no se atrevió á acercarse á tierra, temeroso de que se precipitaran los indios sobre su embarcacion y la echaran á pique.

Al desaparecer entre los bosques los combatientes, siguió la corriente del rio para aguardar el resultado del combate.

Acompañábale Juan de Noya, tonelero de Sevilla, y éste, hombre prevenido, aconsejó á Tristan que no prosiguiese la marcha, porque el rio estaba acanalado, las orillas cubiertas de espesos é impracticables árboles, y careciendo de desembarcadero, si, como pensaba, las canoas indias le rodeaban, iba á verse en gran apuro.

Tristan desoyó su consejo y siguió la marcha.

Aún no habian andado media legua, cuando vieron llegar por todas partes ligeras canoas, y asomar á la orilla multitud de indios con flechas y lanzas, que arrojaron á los españoles.

Iban á bordo ocho soldados, que con sus arcabuces hubieran podido ahuyentarlos.

Pero la sorpresa, el temor al ver que no podian huir por ningun lado, y las lamentaciones de Juan de Noya les hicieron desmayar, y en vez de emplear sus armas ofensivas, sólo hicieron uso de las espadas para librarse de las saetas que les dirigian.

Diego Tristan recibió muchas heridas, y sin embargo, mientras pudo sostenerse, alentó á los soldados para que hiciesen al ménos pagar cara su vida á los indios.

Un venablo, lanzado por un indio, le atravesó las sienes y cayó muerto.

Entonces se atrevieron los indios á acercarse más y más, y comenzó el combate cuerpo á cuerpo.

De los tripulantes del bote sólo pudo salvarse Juan de Noya, que cayó al agua en medio de la accion, pudo llegar á la orilla sin ser visto y huir con direccion á la colonia.

Por él supo Bartolomé la muerte de Diego de Tristan y de sus demás compañeros.

Capítulo XLI.

Una resolución heroica.

Los españoles que habían quedado en la colonia cayeron en el mayor desaliento.

Desde el principio se habían entusiasmado con la idea de explotar las ricas minas de aquel privilegiado territorio para enriquecerse.

Habían llegado, y el rey de Veragoa les había dispensado la más benévola acogida.

Los indios de la costa, durante el establecimiento de la colonia, les habían proporcionado toda clase de víveres y les habían ayudado en sus rudas faenas.

Todo les hacía suponer una pacífica posesión de los dominios de Quibiam.

Pero habían sido víctimas de una ilusión, el desengaño había quebrantado toda la energía de su espíritu.

Aunque vencieron á Quibiam y á Unima, obligándoles á refugiarse en las montañas, no pudieron lograr este triunfo sin quedar muchos de ellos heridos, y no dudaban de que en cuanto el caudillo repusiera sus fuerzas volverían de nuevo á molestarle, repitiéndose esto hasta tanto que unos ú otros perecieran.

Cuando Noya le refirió lo que había pasado á Tristan y á sus compañeros, aumentó su terror, y pensando los españoles que Colon se daría á la vela, y que si esto sucedía no tardarían en sucumbir todos, determinaron abandonar la colonia y partir á la carabela que les había dejado el almirante.

Todas las reflexiones que hizo Bartolomé fueron inútiles.

Renunciaban generosos á todas cuantas ventajas pudiera ofrecerles aquel país, con tal de no perecer á manos de los indios.

En su encuentro habían tenido ocasión de ver que eran más firmes, más astutos, y sobre todo más arrojados que los de las otras islas en donde habían tenido que luchar.

Bartolomé Colon tuvo que acceder á los deseos de los colonos; pero un inconveniente se opuso á su realización.

No había bastante agua para que el buque pudiera atravesar la barra.

Viendo esto, determinaron ir en el bote á buscar al almirante para suplicarle que no los abandonase en tan triste situación.

Pero tampoco les fué posible, porque el viento y

la resaca ponian en grave peligro á la endeble barquilla.

Se hallaban, pues, sin retirada, y para colmo de desdichas pasaban á su vista, arrastrados por la corriente, los despedazados despojos de Tristan y de su gente, acompañados por aves carnívoras que se disputaban la presa.

Como dice Las Casas muy bien, los españoles temblaban al contemplar aquella escena, horrorizándose ante el destino que les esperaba.

Animados los indios por la proeza que acababan de hacer destruyendo á los soldados de Tristan, acudieron de nuevo al puerto para ver si la suerte les favorecia del mismo modo.

Mientras fueron á comunicar á Quibiam lo que habia sucedido y á pedirle refuerzos para acabar de exterminar á los españoles, se apostaron en los bosques vecinos, atronaban el espacio con sus voces, el sonido de los caracoles y el estridente ruido de los tambores, y en este estado de cosas no tuvieron más remedio los colonos que abandonar las casas que les servian de defensa.

Bartolomé eligió un terreno en la costa á bastante distancia del bosque.

Con el bote de la carabela, con cajas y sacos de tierra, construyó un baluarte, dejando abiertos dos huecos, en los que colocó dos falconetes, que dominaban la llanura.

En aquella improvisada fortaleza se refugiaron los españoles, considerando defensa suficiente contra

las flechas de los indios aquellos endeble muros.

Al dia siguiente, cuando Quibiam, al frente de su ejército, reanimado por el triunfo, iba á atacar á los españoles, dispararon estos los falconetes y los arcabuces.

Los indios vieron que se embotaban sus flechas en los sacos y cajas, y no tuvieron más remedio que huir, porque las balas de sus enemigos diezmaban sus filas.

No por esto habia mejorado la condicion de los españoles.

Las municiones se les acabarian, se agotarian los víveres, tendrian necesidad de abandonar la fortaleza, y á toda costa deseaban poner término á una situacion tan difícil.

Mientras esto pasaba en tierra, en los buques del almirante reinaba la mayor ansiedad, porque ni Diego Tristan ni sus compañeros volvian, y temian que hubiese ocurrido alguna desgracia.

Aquel suceso, que tenia mucho de heróico y mucho de horrible, unia á la ansiedad de los españoles, á sus dudas, á sus temores, el dolor de una pérdida que consideraron como de mal augurio.

Los indios que habian sido presos por el adelantado en la morada de Quibiam estaban á bordo de una de las carabelas, porque el almirante se proponia conducirlos á España.

Por la noche los encerraban en el castillo de proa, cuya escotilla estaba asegurada por una fuerte cadena con su candado.

Sobre la escotilla dormían algunos de los marineros, y estaba además á tal altura, que los presos no podían llegar á ella, razón por la cual descuidaban un tanto su vigilancia.

Pero Irayba, que vivía lejos de su esposo, que veía á sus queridos hijos partir del lado de su padre para ser esclavos en otras tierras, pudiendo ser reyes en la que abandonaban, incitó á todos sus compañeros de cautiverio á que optasen entre la salvación ó la muerte.

—Aprovechemos una ocasión,—les dijo;—busquemos los medios de evadirnos para volver á nuestra patria al lado de los seres queridos de nuestro corazón.

Si nuestra tentativa es infructuosa, si no conseguimos nuestro objeto, antes que la esclavitud pongamos fin á nuestra existencia.

Yo os daré el ejemplo.

Y reuniendo muchas de las piedras que servían de lastre á la carabela, formaron una especie de prominencia debajo de la escotilla, muy suficiente para que pudieran levantarla con sus hombros y evadirse por ella.

Dormían los marineros cuando los indios más corpulentos, empujando con sus hombros la tapa de la escotilla, saltaron á cubierta y comenzaron á auxiliar á sus hermanos para escaparse.

Dieron la voz de alarma los que se apercibieron de aquel conato de evasión, y sólo dos ó tres pudieron arrojarse al mar.

A los otros los cogieron en el momento en que iban á evadirse, y á todos los llevaron de nuevo á su encierro, encadenándolos y poniéndolos guardias de vista para que en el resto de la noche no intentasen de nuevo la fuga.

No había remedio.

Irayba había jurado ser libre ó sucumbir.

Recordó á sus hermanos la promesa que habían hecho, y cuando al día siguiente acudieron los españoles á la prisión de los indios para llevarlos á presencia del almirante é imponerles algún castigo, los hallaron á todos muertos.

Cuenta el padre Las Casas que algunos de ellos se habían ahorcado con cuerdas, y otros se habían estrangulado de una manera que horroriza, al mismo tiempo que dá una idea de la entereza de carácter de aquellos desgraciados.

Encogían las piernas, ataban un cabo de una cuerda á ellas, y el otro extremo al cuello, y estirándose de pronto, sucumbían casi instantáneamente.